

estarán en todas partes con ojos y puños,
como los venezolanos que os esperan para entonces
con una botella de petróleo y una guitarra en las manos.
No entres, no entres a Nicaragua tampoco,
Sandino duerme en la selva hasta ese día,
su fusil se ha llenado de lianas y de lluvia,
su rostro no tiene párpados,
pero las heridas con que lo matásteis están vivas
como las manos de Puerto Rico que esperan
la luz de los cuchillos.

Será implacable el mundo para vosotros.

No sólo serán las islas despobladas, sino el aire
que ya conoce las palabras que le son queridas.

No llegues a pedir carne de hombre
al alto Perú: en la niebla roída de los monumentos
el dulce antepasado de nuestra sangre afila
contra ti sus espadas de amatista,
y por los valles el ronco caracol de batalla
congrega a los guerreros, a los honderos
hijos de Amará. Ni por las cordilleras mexicanas
busques hombres para llevarlos a combatir la aurora,
los fusiles de Zapata no están dormidos,
son aceitados y dirigidos a las tierras de Texas.
No entres a Cuba que del fulgor marino,
de los cañaverales sudorosos,
hay una sola oscura mirada que te espera
y un solo grito hasta matar o morir.

No llegues

a tierras de partisanos en la rumorosa
Italia: no pases de las filas de los soldados con *jacquet*
que mantienes en Roma, no pases de San Pedro:
más allá los santos rústicos de las aldeas,
los santos marineros del pescado,
aman el gran país de la estepa
en donde floreció de nuevo el mundo.

No toques

los puentes de Bulgaria, no te darán el paso,
los ríos de Rumanía, les echaremos sangre hirviendo
para que quemem a los invasores,
no saludes al campesino que hoy conoce
la tumba de los feudales, y vigila
con su arado y su rifle, no lo mires
porque te quemará como una estrella.

No desembarques

en China: ya no estará Chiang el Mercenario
rodeado de su podrida corte de mandarines:
habrá para esperaros una selva
de hoces labriegas y un volcán de pólvora.

En otras guerras existieron fosos con agua
y luego alambradas repetidas, con púas y garras,
pero este foso es más grande, estas aguas más hondas,
estos alambres más invencibles que todos los metales.
Son un átomo y otro del metal humano,
son un nudo y mil nudos de vidas y vidas,
son los viejos dolores de los pueblos,
de todos los remotos valles y reinos,
de todas las banderas y navíos,
de todas las cuevas donde se amontonaron,
de todas las redes en que salieron contra la tempestad,
de todas las ásperas arrugas de las tierras,
de todos los infiernos en las calderas calientes,
de todos los telares y las fundiciones,
de todas las locomotoras perdidas o congregadas.
Este alambre da mil vueltas al mundo:
parece dividido, desterrado
y de pronto se juntan sus imanes
hasta llenar la tierra.

Pero aún
más allá radiantes y determinados,
acerados, sonrientes,
para cantar o combatir
os esperan
hombres y mujeres de la tundra y la taiga,
guerreros del Volga que vencieron la muerte,
niños de Stalingrado, gigantes de Ucrania,

toda una vasta y alta pared de piedra y sangre,
hierro y canciones, coraje y esperanza.
Si tocáis ese muro caeréis
quemados como el carbón de las usinas,
y las sonrisas de Rochester se harán tinieblas
que luego esparcirá el aire estepario
y luego enterrará para siempre la nieve.
Vendrán los que lucharon desde Pedro
hasta los nuevos héroes que asombraron la tierra
y harán de sus medallas pequeñas balas frías
que silbarán sin tregua desde toda
la vasta tierra que hoy es alegría.
Y desde el laboratorio cubierto de enredaderas
saldrá también el átomo desencadenado
hacia vuestras ciudades orgullosas.

V

Que nada de esto pase.
Que despierte el Leñador.
Que venga Abraham con su hacha,
y con su plato de madera
a comer con los campesinos.
Que su cabeza de corteza,
sus ojos vistos en las tablas,
en las arrugas de la encina,
vuelvan a mirar el mundo
subiendo sobre los follajes,
más altos que las secuoyas.
Que entre a comprar en las farmacias,
que tome un autobús a Tampa,
que muerda una manzana amarilla,
que entre en un cine, que converse
con toda la gente sencilla.
Que despierte el Leñador.
Que venga Abraham, que hinche
su vieja levadura la tierra
dorada y verde de Illinois,
y levante el hacha en su pueblo
contra los nuevos esclavistas,
contra el látigo del esclavo,
contra el veneno de la imprenta,
contra la mercadería
sangrienta que quieren vender.
Que marchen cantando y sonriendo
el joven blanco, el joven negro,
contra las paredes de oro,
contra el fabricante de odio,
contra el mercader de su sangre,
cantando, sonriendo y venciendo.
Que despierte el Leñador.

VI

Paz para los crepúsculos que vienen,
paz para el puente, paz para el vino,
paz para las letras que me buscan
y que en mi sangre suben enredando
el viejo canto con tierra y amores,
paz para la ciudad en la mañana
cuando despierta el pan, paz para el río
Mississippi, río de las raíces,
paz para la camisa de mi hermano,
paz en el libro como un sello de aire,
paz para el gran koljhoz de Kiev,
paz para las cenizas de estos muertos
y de estos otros muertos, paz para el hierro
negro de Brooklyn, paz para el cartero
de casa en casa como el día,
paz para el coreógrafo que grita
con un embudo a las enredaderas,
paz para mi mano derecha,
que sólo quiere escribir Rosario,
paz para el boliviano secreto
como una piedra de estaño, paz
para que tú te cases, paz para todos
los aserraderos de Bío-Bío,
paz para el corazón desgarrado